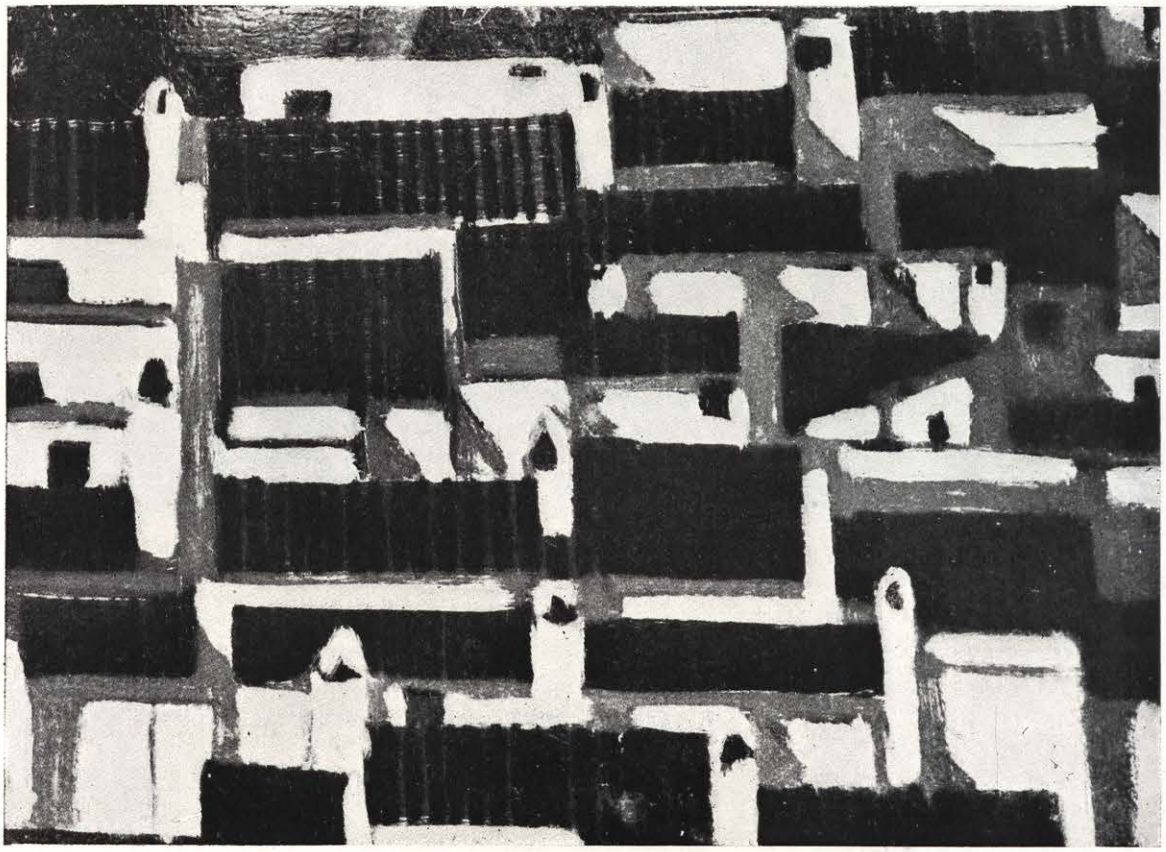
La pintura de Manuel Jorge, arquitecto

Por Ramón Faraldo.



Supongo que vamos a discutir bastante sobre este chico. Hablaremos de un expresionismo que nace en las piedras del Pórtico de la Gloria y revive en las turbas goyescas. Diremos Solana, Daumier y Ronault: puede incluso que digamos Leonardo. A lo mejor, vamos a hablar de todo esto aun sin alcanzar la necesidad de hablar de tantas cosas que saltan a la vista.

Lo digo porque la razón de ser de una pintura, como la de un hombre, no suele saltar a la vista, y porque preocupa menos todo aquello en lo que uno coincide con los demás que aquello en lo que coincide consigo mismo. A lo mejor, lo que interesa es saber adónde se va, que no lo sabemos casi nadie, y no de dónde se viene, que lo sabemos casi todos, y si no, da igual, puesto que ya estamos aquí.

Este pintor "ya está aquí". Su pintura está hecha con ganas, con literatura barata y cara, con mujeres de la vida y niños de coro, con gentes de los caminos, con barro, con luz de madrugada, con vino, con fiebre, con talento. Si sus colores huelen a museo fermentado, sus imágenes equivalen a un hachazo en eso que llamamos vida y en eso que llamamos amor: en lo que la una y el otro tienen de condenable y de sagrado.

Por eso es arte difícil, porque renuncia a ser un espejismo, porque renuncia a ser un adorno, porque renuncia incluso a ser un cuadro, de la misma forma que no es una ópera el grito que da uno cuando se siente herido. Me parece que estamos ante un herido de ésos, y que su deseo no es amueblar paredes. Lo que pinta constituye más bien el "dossier" judicial y bíblico de diversas formas de ser humano y, como decíamos, de sentirse herido.

Hablando del pintor, hay muchos estímulos que éste ha desdeñado: no sé si demasiados. La pintura de Manuel Jorge se sitúa antes del impresionismo, antes de la invención del color, antes de Van Gogh, agonizante, y de Cezánne, sibilino. Lo que nos ocupa posee un aire histórico, una antigüedad deliberada, un tenebrismo que elude la abstracción, la obsesión de espacio y de geometría. Se produce así una alternativa que, ya lo sé, no afecta al ser o no ser, sino al estar o no estar, al parecer o

no parecer. Lo que el pintor ha de decidir es si quiere seguir la marcha de su tiempo, con toda su pasión y todas sus servidumbres, o si quiere quedarse donde se encuentra, con todas las garantías y todos los riesgos de la inmovilidad.

Es una decisión que deberá tomar solo, pero, sea cual sea, no desnaturalizará la condición apasionada de su obra ni el derecho de quien la firma a llamarse pintor desde ahora, en medio de su jungla humana y con menos de treinta años de la cabeza a los pies.